

a seguir la escultura en Granada. Las salas VI y VII, dedicadas a Juan de Sevilla y Bocanegra, se ofrecen con un valor más local; pero por eso mismo los breves comentarios que se hacen sobre cada pintor tienen un interés específico.

La sala VIII nos introduce en el siglo XVIII con un repertorio de obras en las que destacan las escultóricas debidas a artistas como Risueño o del círculo de Ruiz del Peral, por citar los más importantes desde un ángulo puramente granadino. La siguiente sala inicia el repertorio de obras pictóricas realizadas en el siglo pasado por maestros muy diversos. Entre ellos puede observarse el dignísimo puesto que ocupa el pintor e investigador D. Manuel Gómez-Moreno González. El salón de la chimenea obliga a un cambio de ambiente al volverse en él, a través de originales y copias, a los siglos XVI y XVII. El contraste, forzado por la rica chimenea hecha con mármoles de Italia, tiene la virtud de situar por un instante dentro de marco adecuado al Palacio si se hubiera concluido en tiempos del fundador. Las dos últimas salas desarrollan el panorama de la pintura granadina de los siglos XIX y XX, aunque haya algún lienzo, como el grande de Moreno Carbonero, dedicado a la *Conversión del Duque de Gandía*, que se justifica por evocar un hecho histórico ocurrido en esta ciudad. Las pinturas más recientes permiten subrayar los valores que ofrecen muchos pintores locales y hacen concebir esperanzas sobre una próxima ampliación del Museo para acreditar la continuidad que el cultivo de la pintura tiene desde hace siglos en la ciudad del Darro.

Las ilustraciones, seleccionadas con gran acierto, constituyen el mejor testimonio de la variedad e interés de los fondos de este Museo. Una nota bibliográfica y un índice de artistas completan el interesante libro.

J. M. P. A.

JUNTA DE ANDALUCÍA CONSEJERÍA DE CULTURA

La Puerta de Siete Suelos

Patronato de la Alhambra y Generalife

La Puerta de los Siete Suelos ha sido un lugar de supuestos encantamientos y de leyendas. Lo fue desde muy antiguo, quizá desde el momento mismo de la rendición de Granada que comenzó secreta y ocultamente por esta puerta y un postigo próximo a ella. En 1587 Bruin y Hogemberg, en su vista de Granada desde el Sur, la destacó con el rótulo «Porta Castri Granatensis semper clausa», lo que testifica que por entonces debían extenderse ya habladurías sobre posibles maleficios y sobre una supersticiosa súplica hecha por Boabdil para que fuera cerrada eternamente, lo que

habría obligado a inutilizar una de las piezas más solemnes y monumentales de la Alhambra.

Con todo, no «siempre» debió de estar cerrada si en 1747 se ordenó tapiarla, pero desde el primer momento debió quedar como paraje maldito, allá en lo alto, sobre los tejados de las posadas que prosperaban en aquel lugar atendiendo a las gentes que desde tierras del interior, evitaban el paso por Granada, para no pagar tributos al municipio en su camino hacia el mar. Los temores de aquellas supersticiones se cerneían agigantados sobre las tertulias de arrieros acurrucados ante las chimeneas en las noches lúgubres, hasta que al fin la puerta fue de nuevo abierta por las tropas de Napoleón.

Al marcharse, la maldición de las voladuras no dañó a otra puerta de la Alhambra sino a ésta, que de nuevo quedó inutilizada. Las cámaras fotográficas no lograron captar nunca la melancólica belleza del monumento quebrantado ni del ambiente poético que lo envolvía. Sólo a través del numen romántico de los escritores y de la sensibilidad exquisita de algunos dibujantes, podemos conocer etapas deliciosas de la progresiva ruina.

En las primeras restauraciones de la Alhambra fue limpiada de escombros y hasta se llegaron a labrar en mármol algunas piezas para la restauración. Entre tanto, sobre los tejados de una de las antiguas posadas, fueron surgiendo pisos nuevos del Hotel Siete Suelos, que acabaron por ocultar la estampa maltrecha de la hermosa entrada.

Más tarde, para reivindicarla, a Norte y a Sur de ella planeó Torres Balbás, y en parte llevó a cabo, un trazado de paseos y ajardinamientos y preparó la eliminación de la pantalla con que el hotel la ocultaba. La puerta continuaría sola, «siempre cerrada», en lo alto del declive, sobre el cubo artillero, o al fondo del embudo de la voladura, si se la miraba desde el interior del recinto.

La yedra, los quejigos, los almendros locos, siguieron embelleciendo y devorando lo que la voladura dejó en pie y el suelo se fue cuajando de fragmentos de la obra, desgajados por las raíces parásitas, por los hielos y los pájaros. Hasta llegó a ser peligroso aproximarse a aquellas ruinas, casi la única que seguía manteniendo el recuerdo de los magníficos escenarios románticos, que por todas partes ofrecía la Alhambra de fin de siglo. El bello sueño de una conservación ideal se iba transformando en una pesadilla de desintegración. Aquello ciertamente no era conservar un monumento, sino rodear de flores su abandono.

Hubo un intento, más espectacular que positivo, de abrir la puerta al tránsito, pero fuera de toda oportunidad, porque entonces se creía innecesaria y porque tras la puerta, en el interior del recinto, surgían a través de la incompleta urbanización de jardinería, medianerías descuidadas y sucias de edificios modernos envejecidos, las es-

combreras y vertederos de la Alhambra y el lamentable selvatismo de una vegetación anárquica e impropia del lugar, que trituraba la muralla del recinto e invadía todo espacio de los alrededores que se descuidara un poco.

Sólo más tarde, al desaparecer todo eso, pudo pensarse en esta puerta como un tránsito útil, que pronto será imprescindible para darle fluidez a la visita, en días sobre todo de aglomeraciones, y en todo momento para el enlace de la Alhambra y el Generalife, de modo más racional y más acorde con el uso medieval. La Puerta de los Siete Suelos dejará de ser una ruina vista a los lejos y aún con sus cicatrices, recuperará el papel de pieza importante en el monumento y su servicio vital. Este salto al plano de la actualidad explica las obras que en ella se vienen realizando y que afectan por igual a la puerta misma como monumento y a su debida función viaria como servicio.

Por lo pronto, se ha consolidado cuanto ofrecía peligro y se ha completado la bóveda esquifada, de espejo, de la cámara central de la puerta. Quedaba más de un tercio de la totalidad con todos los datos de su forma y construcción y hasta con huella perfectamente clara de los ladrillos que la revistieron interiormente. Fue curioso encontrar en el borde de fractura del extremo Oeste de la bóveda, los restos de una escalera y de una tronera, que bien pudieran ser de una organización más antigua de la torre, o un arrepentimiento de la obra medieval. No fue posible dejarlos a la vista y han vuelto a quedar dentro de la masa de la obra.

Para poder voltear de nuevo la parte de bóveda hundida, ha sido preciso consolidar la fachada Norte y recrecerla convencional y suficientemente con ladrillo visto, tanto las partes que fueron de piedra como las de hormigón, porque la experiencia lo aconseja por ahora como lo menos ingrato y más sólido. Esta fachada estaba prácticamente completa hasta muy poco más arriba de la línea de impostas, en el vano del arco y algo más en los lados. Aunque existen bastantes diferencias entre la Puerta de la Justicia y la de Siete Suelos, coinciden en multitud de detalles y se aproximan muchísimo en dimensiones esenciales como el espacio entre jambas, planta del portalito en que juegan las hojas de la puerta y otras. Esto permite acudir a la Puerta de la Justicia para completar datos y confirmar los que pueden deducirse sólo de los testimonios conservados en la ruina.

Las tropas de Napoleón abrieron en el muro Norte una gran brecha para situar un cañón frente a la puerta exterior de la fachada Sur, la cual podía desvirtuar el recodo típico de las puertas nazaríes y desde luego rompía el aspecto y ambiente originario de la gran cámara de retén y paso entre puertas, por lo que ha sido macizada.

Casualmente y mientras se ejecutaban las obras, apareció en las proximidades de la torre a Norte de ella, un bloque de mármol blanco decorado con atauriques y mol-

duración de monumentalidad y amplio modelado desconocidos hasta ahora en la Alhambra. Está muy incompleto, pero muy bien conservado, al menos en una de sus caras. Debió ser una gárgola y aunque el lugar del hallazgo está equidistante de la Torre de las Infantas y de la de Siete Suelos, parece más probable por sus características que pueda proceder de esta última. Ningún otro fragmento decorativo se ha encontrado hasta ahora en las inmediaciones, a pesar de los riquísimos mármoles que es sabido decoraban la fachada Sur. Es increíble que la explosión deshiciera estos elementos hasta no dejar rastro de ellos y más bien pudiera atribuirse a haber sido este rincón, por lo poco frecuentado, escombrera y vertedero y poco a poco, mezclados con los desechos, habrán salido inadvertidamente en las sucesivas campañas de limpieza realizadas en el lugar.

Completará esta obra de la Puerta de la Justicia, la recuperación que se viene haciendo del sector del recinto general de la Alhambra, comprendido entre la Torre del Cabo de la Carrera y la Torre de las Cabezas, de cuyo conjunto, casi desconocido desde hace más de un siglo, se vuelve a gozar por el despeje y remozamiento de la vegetación que desde las alamedas subía espontánea y salvaje hasta las torres y murallas, ocultándolas por completo. La maleza y las contenciones del terreno, caprichosas y ya inútiles, impedían la apertura de nuevos senderos y la reforma de las calzadas inmediatas, impuestas por el aumento del tráfico rodado y la seguridad del número creciente de visitantes, a los que se les simplificará su esfuerzo, haciéndoles más fácil, más comprensible y más variado, completo y rápido, el conocimiento del conjunto monumental.

En la próxima Crónica esperamos que pueda darse a conocer el resultado de los estudios y proyectos en marcha para lograr estos fines.

J. B. P.

JUNTA DE ANDALUCÍA
 CONSEJERÍA DE CULTURA
 Patronato de la Alhambra y Generalife

Obras en el Cuarto Dorado

En la crónica del número 1 de estos «Cuadernos», al dar cuenta del desmonte del enorme y pintoresco muro que medio ocultaba el pórtico de la sala y alteraba la proporción del patio, se aludió de paso, pág. 102, al carácter manifiestamente mudéjar de la transformación llevada a cabo por los cristianos en esta parte del palacio.

Restablecida la visualidad total de la fachada del pórtico, con el complemento presumible de lo que no se conservó en la parte superior de la segunda planta y antes de reparar las extensas mutilaciones de los zócalos de cerámica, fue construída una puer-